

Quiroga. Debido a la extensa literatura sobre la guerra de independencia de Texas, la guerra de 1847 y las relaciones entre México y Estados Unidos, el libro se hubiera visto favorecido con un ensayo bibliográfico o por lo menos con una bibliografía escogida.

Lo mejor de *De la rebelión de Texas a la Guerra de 1847* es que ofrece, casi siempre, un tratamiento equilibrado de la materia. Los ensayos no dejan lugar a duda de que la agresión territorial estadounidense fue responsable del desmembramiento de México. No obstante esa agresión, en los mejores ensayos esta historia se plantea dentro de un complejo contexto histórico que no libra a México de toda culpa. El libro sirve también de introducción a la situación actual del debate historiográfico sobre la materia. Cualquier estudiante de la historia de México o Estados Unidos de la primera mitad del siglo XIX puede leer con provecho esta interesante colección.

Jesús F. DE LA TEJA  
*Southwest Texas State University*

William MEYERS: *Forge of Progress, Crucible of Revolt. The Origins of the Mexican Revolution in La Comarca Lagunera, 1880-1911*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1994.

Cientos de años antes de la era cristiana, ya Aristóteles reflexionó sobre "las causas y orígenes" de los frecuentes disturbios y las revoluciones habidas en el mundo griego. Encontró sus raíces en las aspiraciones insatisfechas de los hombres, y especialmente, en el fracaso de las formas políticas para establecer la igualdad. De ésta tenía una concepción amplia que incluía no sólo a los bienes materiales sino a otros de orden moral como el honor.<sup>1</sup> Por lo menos desde entonces, historiadores, politólogos y grandes pensadores sociales como Alexis de Tocqueville y Carlos Marx, se han abocado a iluminar las múltiples e intrincadas razones por las que, de vez en vez, se rompe la estabilidad y estallan revoluciones sociales.

<sup>1</sup> ARISTÓTELES: *Politics*. Londres: Harvard University Press, 1966.

Precisamente, entre las problemáticas más interesantes de la sociología política contemporánea están los complejos nexos entre la modernización económica y los movimientos revolucionarios. Los agudos señalamientos de Barrington Moore y Eric Wolf han mostrado la relación entre la introducción del capitalismo comercial —dislocador de antiguos arreglos sociales— y los levantamientos sociales.<sup>2</sup> Este planteamiento puede concatenarse con la tesis de la “economía moral” que sostiene que el capitalismo, el crecimiento del Estado y las formas del colonialismo reducen de manera sistemática la capacidad de subsistencia de los campesinos y su confianza en el futuro. De esta manera, no encuentran más alternativa que rebelarse.

Los cambios rápidos, violentos y profundos que a lo largo de siglos ha experimentado la sociedad mexicana, también han sido objeto de numerosos estudios y reflexiones. Para quienes han investigado el movimiento que estalló en 1910, casi se ha convertido en una obsesión determinar sus orígenes, y partiendo de ellos intentar aclarar su carácter y medir sus metas y logros. Precisamente esta polémica sobre las raíces del movimiento que muchos consideran la primera revolución social del siglo XX ha agudizado el rispido debate historiográfico en los últimos cinco lustros.

Múltiples estudios de caso han examinado cuidadosamente esta problemática. Tal vez el más paradigmático de la Revolución, el movimiento agrarista de los pueblos de Morelos, encuentra sus orígenes en los desequilibrios producidos entre haciendas azucareras y comunidades campesinas a raíz de la rápida modernización de aquéllas. Podrían citarse otros muchos ejemplos, en regiones contrastantes, especialmente del norte del país como Sonora, donde los conflictos que acarreó el intenso desarrollo económico fueron también causantes de hondos desequilibrios sociales que habrían de servir como mecha de la Revolución.

Acaba de ser publicado un acercamiento a estas inquietantes preguntas que toma como objeto de análisis a una joya de la corona porfirista: La Comarca Lagunera que en unos cuantos años se convirtió en un escaparate de los éxitos del proceso de modernización. Se trata del largamente esperado estudio de William

<sup>2</sup> Barrington MOORE: *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press, 1966; Eric WOLF: *Peasant Wars of the Twentieth Century*. Nueva York: Harper and Row, 1969.

Meyers sobre el porfiriato y los orígenes de la revolución mexicana en La Laguna, estudio que fuera una tesis de doctorado bajo la dirección del profesor Friedrich Katz, quien ha formado a tantos estudiosos del México moderno.

Una inquietud guía este libro: cómo y sobre todo ¿por qué cuando en 1910 el joven, demócrata y pudiente empresario agrícola Francisco Indalecio Madero llamó al país a sublevarse contra el anciano presidente vitalicio, los trabajadores de La Laguna se sumaron al movimiento insurrecto? Efectivamente, los terratenientes de La Laguna fueron capaces de establecer una compleja alianza revolucionaria con el campesinado. Dicha coalición sería la chispa esencial para derrotar al general oaxaqueño, para el subsecuente incendio social y la larga guerra civil.

El libro está cuidadosamente construido con base en un amplio material original procedente de archivos personales —el de Francisco I. Madero—, de compañías agrícolas —Casa Guillermo Purcell y la Mexican Cotton Estates of Tlahualilo—, del estado de Coahuila, y acervos judiciales, diplomáticos y consulares de Gran Bretaña y Estados Unidos. El resultado es un excelente análisis de las transformaciones y desequilibrios que produjera el emporio algodonero en tierras antes prácticamente estériles. La tesis central está resumida en el título: "Forja de progreso, crisol de revuelta". Al mismo tiempo que el rápido desarrollo económico diera pie a grandes riquezas materiales provocó profundas dislocaciones en la economía, la política y la estructura de la sociedad que llevarían a un estado de insatisfacción, inseguridad y espíritu combativo generalizado. Todo ello cristalizaría en 1910.

Como un Egipto moderno, en el cambio de siglo, La Comarca Lagunera pasó de ser un desierto prácticamente estéril e inhabitado a ser la sede de una de las industrias más ágiles y modernas de México. Todo esto se obtuvo a partir de que se logró controlar el flujo de los ríos Nazas y Aguanaval, canalizando así su fluido en beneficio del algodón y de los miles de hombres que vivieron en torno a él. Los desarrollos agrícola, industrial y minero, los asentamientos humanos, la tenencia de la tierra, los nexos entre los hombres, la política, la relación con las potencias capitalistas cuyos nacionales invirtieron aquí, las marcadas zonas agrícolas que se crearon, la distancia entre la riqueza y la medianía o la pobreza, todo estaba en función del acceso al agua. Con el esfuerzo laboral de miles, se revolucionaron las comunicaciones, se modernizaron tecnológicamente los cultivos y se colocó el algodón en mercados nacionales e internacionales. No es

ésta una riqueza que naciese con poco esfuerzo, debía ser creada paso a paso con el empeño y trabajo humanos. Enormes fortunas, pueblos y ciudades que se forjaron de la nada, centros mineros, fabriles, entronques ferrocarrileros, la migración temporal de miles de campesinos hicieron de una región —antes prácticamente inexistente en la geografía humana— el timbre de orgullo del porfiriato: la prueba de las bondades del régimen si se aplicaban las políticas adecuadas.

El crecimiento y prosperidad porfiristas dieron pie a contradicciones que pusieron en peligro tanto el orden político como la paz social. Cada año, la fortuna dependía de factores fuera del control y previsión de quienes vivían ahí: el clima, la abundancia o escasez de agua, el precio internacional del algodón y la disponibilidad de capital y de la fuerza laboral. Estas variaciones sacudían hasta sus cimientos a los sectores agrícola, industrial y de comercio, propiciaban la especulación y la competencia, enfrentaban a las élites entre sí y creaban fricciones insuperables en la multifacética relación de éstas con los trabajadores. Afectaban, sobre todo, el nivel de vida, las expectativas y la seguridad del futuro de miles de campesinos. Así, el auge de este monocultivo fue, al mismo tiempo, fuente de inseguridad y conflictos entre regiones y entre los núcleos del tejido social. Así, la prosperidad y el progreso quedaron carcomidos en sus cimientos.

Buena parte del estudio es un análisis detallado de la competencia feroz que se suscitó entre las cambiantes y variadas facciones de la élite. Tanto o más hincapié se hace en explicar el porqué de la existencia de hacendados revolucionarios. Al igual que en muchos otros rincones del norte del país, en La Comarca Lagunera no existía una rancia aristocracia terrateniente; la oligarquía de la tierra se consolidó hasta la novena década del siglo. Estos dueños de plantaciones algodonerías eran empresarios modernizadores, que combinaban sus intereses en la agricultura con la minería, la industria, las finanzas y el comercio. Según el ámbito y monto de sus actividades e inversiones y su posición en las tres diferentes zonas agrícolas creadas en torno al agua, se formaban grupos diferentes de acaudalados e influyentes. En ocasiones forjaban alianzas dentro y fuera de su clase: en otros casos se enfrentaban, propiciando una lucha perpetua por el agua, la tierra y el poder.

No es ésta una historia meramente regional. La especulación a que dieron pie las fabulosas ganancias del algodón propició cuantiosas inversiones provenientes de los países desarrollados. Estas

inversiones fueron básicamente inglesas —por las propiedades de la Tlahualilo y la Casa Purcell—, estadounidenses, españolas y alemanas. Ciertos hacendados mexicanos y muchos trabajadores agrícolas tuvieron importantes conflictos con inversionistas y empresarios extranjeros. Sobresale, por la dimensión del conflicto, la lucha de la familia Madero contra algunos de los mayores intereses capitalistas del mundo, como la Continental Rubber Company —propiedad de Rockefeller— la American Smelting and Refining Company (Asarco) de los Guggenheim, y la Tlahualilo, propiedad inglesa. Las repercusiones de tan vastos y encontrados intereses llevaron al gobierno de Díaz a enfrentar no pocas fricciones con estos particulares y sus gobiernos.

Probablemente la parte más original y bien lograda de este estudio es la que ilumina las condiciones de vida de la gente humilde: los miles de hombres que laboraban en la agricultura, industrias y minas y que aquí se congregaron, formando nuevas clases sociales, engrosando poblaciones antes apenas existentes, o incluso creándolas.

Al igual que la élite terrateniente, este proletariado agrícola constituyó un grupo social heterogéneo y lleno de conflictos e inseguridades. Ante la carencia de población campesina autóctona o de concentraciones demográficas importantes incluso en épocas tan recientes como la restauración de la República, el mercado laboral fue el gran regulador del flujo humano. Los contratistas o “pregoneros” iban por México prometiendo, en La Laguna, empleo seguro y remuneraciones que estaban entre las mejores del país. Miles fueron atraídos, frecuentemente con su familia y bienes a cuestas. No iban en busca de tierra sino de buenos salarios, lo que ayuda a explicar sus alianzas con los terratenientes en los momentos de insurrección, así como sus diferencias estructurales con otras facciones populares de la revolución mexicana, como la zapatista.

Aunque con el paso de los años las plantaciones, minas y fábricas fueron creando residentes permanentes, las comunicaciones permitieron una movilidad excepcional de migrantes, que no sólo llegaban a La Laguna sino que de ahí marchaban a otras entidades nortenas o al sur estadounidense. El poderoso vecino del norte habría de convertirse en una verdadera escuela ideológica y laboral para este semiproletariado.

El libro ilumina también los términos de una discusión historiográfica de enorme importancia: las condiciones de vida en lo que constituía la médula del México rural: la hacienda, en este

caso, en las modernas e irrigadas plantaciones algodoneras. Analiza aspectos como los préstamos a los campesinos, las tiendas de raya, escuelas, servicio médico, acceso a tierras de la finca por medio de la aparcería y el arrendamiento, etcétera. Describe, de manera breve pero sustancial, los diversos tipos de hombres, que con su esfuerzo daban vida a las grandes y modernizadas fincas. Existían tres categorías básicas: peones acasillados y estacionales, que respondían a las fluctuaciones del año y del cultivo, y eventuales que llegaban en el momento espectacular de la recolección del algodón.

Los acasillados, que vivían permanentemente en las plantaciones, laboraban en pequeñas cuadrillas cuidadosamente vigiladas por mayordomos, administradores y otros profesionales. Aun cuando estaban claramente separados de estos trabajadores y de los dueños de las haciendas, por estatus, salario, vivienda, gustos y estilo de vida, en esa dura vida diaria los trabajadores acasillados también forjaron importantes relaciones personales con quienes los rebasaban en autoridad, fortuna y mando, y habrían de dar cuerpo a las movilizaciones verticales típicas de la Revolución de 1910.

Meyers logra precisar la forma en que, a cambio de seguridad en el empleo, satisfacción de ciertas necesidades básicas —como la importación de maíz de Estados Unidos por parte de los hacendados— y la relativa seguridad que los peones sentían en torno a la sobrevivencia y el futuro, éstos debían someterse al dominio de la finca. Por el carácter moderno del mercado laboral, dicho intercambio tenía un tono bastante contractual, sin muchos de los rasgos paternalistas típicos en las haciendas del altiplano. Este rigor no impedía que ciertos terratenientes y administradores —Francisco I. Madero, el futuro revolucionario—, preocupados por el bienestar físico y educativo de quienes laboraban en sus empresas, así como por la necesidad de asegurar los brazos necesarios para la producción, establecieran relaciones progresistas con sus peones, por medio de escuelas y médicos gratuitos.

De hecho, en épocas de escasez de mano de obra, cuando los empresarios laguneros debían competir con otras ofertas laborales, dichos rasgos se agudizaban.

El grupo más numeroso de este semiproletariado agrícola lo constituían los miles de eventuales, producto de la modernización: una fuerza móvil que tenía pocos nexos internos entre sí, excepto, tal vez, la conciencia de su estatus socioeconómico. Aun-

que independientes y bien pagados, estaban en una posición de extrema inseguridad, víctimas de enormes desequilibrios e inestabilidades económica, social y política.

Si bien en un principio las protestas populares fueron esporádicas —según el autor, con poca organización y conciencia política—, en contraparte, las clases bajas opusieron defensas y demandas con el fin de limitar el sistema de dominio, las exigencias laborales y de obediencia. Las resistencias fueron amplias y consistentes. Lucharon por mejorar sus condiciones de vida, por mayores salarios y beneficios adicionales como agua, madera y vivienda, protestaron por el desempleo, los salarios, el costo de la comida, las modalidades laborales, y en favor del derecho a organizarse y a ejercer el arma de la huelga.

Hubo variadas expresiones de descontento y rebeldía: pequeños robos y sabotajes, un extendido fenómeno de bandidaje social particularmente persistente en los años de crisis cíclicas o de sequía y escasez de alimentos, motines por comida en bodegas, casas y comercios no sólo de los distritos rurales sino de las principales ciudades, reuniones secretas, glorificación de bandidos de la región, huelgas y, en última instancia, rebeliones y revolución. En las décadas que presenciaron el cambio de siglo, la violencia social frecuentemente fracturó el orden, dejando a las élites —particularmente a los hacendados y sus administradores— profundamente temerosos de la creciente violencia social. En el ocaso porfirista, las dificultades e inseguridad que padecían los campesinos, obreros y mineros de La Laguna se agudizaron de tal forma que quienes ahí vivían estaban temerosos de que se produjera un colapso generalizado de la paz.

Ante esta tensión, en las fincas se mediaban los mecanismos de control con los alicientes. Así, era común la utilización de “informanta” —espías entre los campesinos, que reportaban todos los signos de insubordinación y descontento—, castigos corporales como el cepo y, en última instancia, la utilización de contingentes armados de las plantaciones para imponer obediencia. Al mismo tiempo, terratenientes y administradores se veían obligados a ofrecer “premios” —sombrosos, rebozos y hasta sillas de montar— o pagos extra para conseguir que los operarios —y en especial los eventuales—, se desempeñaran con esmero, sin interrupciones y sin abandonar intempestivamente sus labores.

Meyers también profundiza en los mecanismos con que se ha ejercido en México el mando político y que han permitido a sus gobernantes controlar los movimientos populares. La experien-

cia de La Laguna ayudó a las élites a aprender y perfeccionar las técnicas que habrían de ser esenciales para la continuidad de su régimen —las relativas a la cooptación y a la integración de alianzas verticales que unían en vez de enfrentar a las clases.

Efectivamente, como en muchos otros rincones del norte del país, los hacendados, empresarios y administradores fraguaron relaciones cercanas y personales con sus trabajadores; factor que limaría los conflictos horizontales de la sociedad y daría a la Revolución iniciada en 1910 algunas de sus modalidades más sobresalientes. Siguiendo patrones típicos de esta amplia región, desde hacía décadas o siglos, y de manera periódica, las élites armaron y movilizaron a sus trabajadores como fuerza de presión en sus disputas por el agua, la tierra y el poder. Estos ejércitos cuasiprivados de peones no tardaron en ir desapareciendo pues fueron vistos como elemento de alta peligrosidad social, sobre todo por el renovado espíritu belicoso que se fue desarrollando con el cambio de siglos.

El carácter no tradicional de este semiproletariado agrícola, su relación intensa y contradictoria con las élites, así como su vulnerabilidad a las crisis económicas estacionales y cíclicas —particularmente grave en la crisis de 1906-1907, cuando del vecino país del norte fueron regresados a México miles de operarios— crearon condiciones de inseguridad y desasosiego que se traducirían en un espíritu de rebeldía y disposición revolucionaria. Un ingrediente más en esta mezcla explosiva fueron la propaganda y las actividades organizativas de corte anarquista tanto del Partido Liberal Mexicano como de los Industrial Workers of the World cuyas ideas llegaron a La Laguna vía los miles de personas que habían entrado a formar parte del mundo laboral en Estados Unidos.

De la mezcla de todas estas variables se explica cómo y por qué los lagunenses respondieron al llamado a la Revolución organizando pequeñas bandas que quebrantaron el funcionamiento ferrocarrilero y de las plantaciones y minas, paralizando súbitamente la economía. Ante el desempleo, y como una de las pocas formas de subsistir, se unieron aún más a la Revolución. Su movilización sería decisiva en la caída del anciano dictador.

Pocas observaciones pueden hacerse a esta sólida obra. Tal vez la principal sea observar que presenta una cierta carencia de contexto comparativo que permita aquilatar mejor lo *sui generis*, o bien de común y general tienen estos acontecimientos con los de otras regiones y con México en su conjunto. Como nos ha suce-



dido a casi todos los que hemos realizado monografías, es tal el entusiasmo y ensimismamiento que consideramos nuestro caso más excepcional de lo que probablemente fue. Así, Meyers insiste en que la comarca lagunera fue "única" por sus "hacendados revolucionarios y la militancia y radicalismo de su movimiento popular" (p. 4). En realidad, como ha mostrado ampliamente la producción historiográfica de las últimas décadas, en muchos rincones del país, especialmente en el norte—Sonora, San Luis Potosí, la Huasteca hidalguense y otras zonas de Coahuila— la participación prominente de grandes y medianos terratenientes en la Revolución no fue un fenómeno excepcional o coyuntural sino extendido y que—como en La Laguna— surgía de las condiciones y contradicciones estructurales. Igual sucede con los reclamos del autor en torno al "radicalismo popular". De hecho, pareciera haber una competencia historiográfica para averiguar cuál "laboratorio de la Revolución" fue más importante: Morelos, Chihuahua, Tabasco, Veracruz, Michoacán, u otros sitios. De haber reflexionado más sobre los fenómenos acaecidos en esta comarca dentro del contexto regional y nacional, tal vez hubiéramos aprendido, aún más, del país entero, de su "viejo régimen" y del revolucionario.

En un principio, el autor se propuso escudriñar los orígenes del radicalismo campesino y obrero y el descontento de la élite, factores que explican uno de los puntos culminantes de la revolución mexicana: la gran huelga general de 1936 y la subsecuente expropiación con que Lázaro Cárdenas entregó la propiedad y la maquinaria a quienes laboraban en las plantaciones algodoneras. Como frecuentemente sucede a los historiadores, para entender estas raíces se realizó una investigación sobre los derechos del agua, la propiedad de la tierra, el cultivo del algodón, la sociedad y la política entre 1880-1911. Meyers descubrió que así como La Laguna fue crucial para la formación del Estado revolucionario, también desempeñó un papel crítico en los éxitos y fracasos de la larga dictadura liberal del general oaxaqueño, y en los orígenes y el carácter de la revolución mexicana.

Romana FALCÓN  
*El Colegio de México*